

17. M. WEBER

Tal vez, un examen de conciencia podría mostrar que es muy particularmente difícil satisfacer ese postulado [vale decir, renunciar a dar «evaluaciones prácticas» en los cursos] porque sólo a regañadientes renunciamos a entrar en el juego tan interesante de las evaluaciones, máxime cuando nos dan la oportunidad de añadir nuestra tan excitante «nota personal». Todo docente podrá comprobar que la cara de los estudiantes se ilumina y sus rasgos se tensan no bien éste comienza a «hacer alarde» de su doctrina personal, o incluso que la cantidad de auditores a su curso crece de una manera extremadamente ventajosa cuando los estudiantes tienen la expectativa de que hable de tal modo. Además, cualquier profesor sabe que la competencia en la frecuentación de los cursos hace que la universidad a menudo dé la preferencia a un profeta, por pequeño que sea, que llena los anfiteatros, y descarta al erudito, por grande que sea, que se *atiene a su materia*, a menos que la profecía se aleje en exceso de las evaluaciones que usualmente son consideradas normales desde el punto de vista de las convenciones o de la política. [...]

Sea como fuere, es una situación sin precedentes ver a muchos profetas acreditados por el Estado que, en vez de predicar su doctrina en la calle, en las iglesias y otros sitios públicos, o bien en privado, en grupúsculos de creyentes escogidos personalmente y que se reconocen como tales, se arrojan el derecho a despachar desde lo alto de una cátedra, en «nombre de la ciencia», veredictos decisivos sobre cuestiones atinentes a la concepción del mundo, aprovechando que, por un privilegio del Estado, la sala del curso le garantiza un silencio supuestamente objetivo, incontrolable, que los pone cuidadosamente a resguardo de la discusión y como consecuencia de la contradicción. Hay un viejo principio, del que Schmoller un día se convirtió en el ardiente defensor, que exige que lo que ocurre en un curso debe escapar a la discusión pública. Aunque sea posible que esta manera de ver traiga aparejado incidentalmente algunos inconvenientes, en apariencia se admite, y en lo personal yo comparto esa opinión, que el «curso» [479] debería ser otra cosa que un «discurso», y que la severidad imparcial, la objetividad y la lucidez de una lección profesoral sólo podrían resentirse, desde el punto de vista pedagógico, por la intervención de la publicidad, por ejemplo del género periodístico. En todo caso, pareciera que el privilegio de la ausencia de

control no puede convenir sino en el ámbito exclusivo de la pura calificación del profesor como *especialista*. Sin embargo, no hay ninguna calificación de especialista en profesías personales, y por consiguiente ese privilegio, en este caso, pierde su razón de ser. Pero, ante todo, la ausencia de control no debe servir para explotar la condición del estudiante que, a causa de su porvenir, está *forzado* a frecuentar ciertos establecimientos escolares y seguir las lecciones de los profesores que allí enseñan, para tratar de inculcarle, al abrigo de toda contradicción, además de los elementos que necesita para su carrera (atención y formación de sus dotes de inteligencia y de su pensamiento, y también adquisición de conocimientos), una supuesta «concepción del mundo» personal del profesor, que ciertamente en ocasiones es muy interesante (pero a menudo también perfectamente insubstancial).

Al igual que cualquiera, el profesor dispone de otros medios para propagar sus ideales prácticos, y si no los posee, puede procurárselos con facilidad, en las formas apropiadas, si lealmente quiere tomarse el trabajo de hacerlo, así como la experiencia lo indica. Pero el profesor *en cuanto* profesor no debería tener la pretensión de querer llevar en su cartuchera el bastón de mariscal del hombre de Estado (o de reformador cultural), como ocurre cuando aprovecha su cátedra, a resguardo de cualquier tormenta, para expresar sus sentimientos de político (o de política cultural). Puede (y debe) hacer lo que su Dios o demonio le ordene, por las vías de la prensa, de las reuniones públicas, de las asociaciones o del ensayo literario, en suma en una forma que sea también accesible a cualquier otro ciudadano.

MAX WEBER

Essais sur la théorie de la science

18. B. M. BERGER

La mayoría de las críticas que se les hacen a los sociólogos están inspiradas en la idea de que la función esencial de los intelectuales, en la tradición occidental, consiste en comentar e interpretar la significación de la experiencia contemporánea. [...]

Si la imagen contemporánea del intelectual es, esencialmente, la de un hombre de letras, no es porque la calidad estética de las novelas, de las obras de teatro, de los ensayos o de la crítica literaria califique a sus autores como intelectuales, sino porque, al escribir esas obras, uno se presenta como comentador de la cultura de la época y como intérprete de la experiencia contemporánea. [...]

Los hombres de letras han monopolizado el papel de intelectual porque (a) están liberados por completo de las exigencias que impone la especialización técnica; (b) son libres (dentro de los límites de su posición de hombres de letras) de emitir juicios de valor generales e intransigentes; (c) están totalmente eximidos de las coerciones que impone una institución.

ESPECIALIZACIÓN

Los intelectuales son críticos, liberales o conservadores, radicales o reaccionarios, de la vida de la época. Su competencia es ilimitada; abarca nada menos que el conjunto de la vida cultural de un pueblo. [...] Para quien estudia las humanidades, y particularmente la historia literaria, ser especialista es tener una competencia particular a propósito de un período histórico dado y a propósito de los personajes importantes asociados a este período: el doctor Johnson ante la literatura inglesa del siglo XVIII, la significación de Gide en la literatura francesa del siglo XX, el príncipe Metternich y la historia de Europa después de 1815; Kant, Hegel y el idealismo alemán entre 1750 y 1820. Ser especialista en tales temas no es obstáculo para desempeñar el papel de intelectual, ya que la tradición de los estudios humanísticos orienta hacia los enfoques de conjunto y estimula a discutir e interpretar el marco social, cultural, intelectual, espiritual de aquel campo del que declara ser «conocedor». Las humanidades —y particularmente la historia de la literatura— ofrecen así a los intelectuales un estatus profesional que no puede impedirles que desempeñen su función de intelectuales. [...]

JUICIOS DE VALOR

En sus comentarios de la cultura contemporánea, en sus interpretaciones de la experiencia contemporánea, los intelectuales no están excesivamente sometidos a la obligación del «desapego» y de la «obje-

tividad». A diferencia del sociólogo, sometido a la regla de una estricta separación entre los hechos y los valores, del intelectual se espera que juzgue y valore, que elogie y condene, que trate de conquistar a la gente para su punto de vista y que defienda su posición contra sus adversarios.

Esta función, que adopta la forma de la polémica en los libres debates entre intelectuales, se realiza, en los medios universitarios, a través de la oposición entre «corrientes de pensamiento» divergentes. Mientras que en sociología la existencia de corrientes de pensamiento desconcierta a todos, porque pone de manifiesto la insuficiencia de los conocimientos (en el campo científico, las conjeturas sólo se admiten a propósito de temas en los que no se cuenta con hechos bien establecidos), en el terreno de las humanidades se admite y se espera que existan corrientes de pensamiento divergentes porque según las normas de estas disciplinas deben emitirse juicios de valor, desarrollar puntos de vista personales y proponer interpretaciones divergentes.

LIBERTAD DE LAS IMPOSICIONES INSTITUCIONALES

Los hombres de letras han sabido, más que los miembros de otras profesiones intelectuales, resistir el movimiento de burocratización de la vida intelectual, gracias a que en los Estados Unidos existe un gran mercado para la literatura de ficción y gracias a las posibilidades de vender comentarios y artículos críticos a revistas de mediano o de gran porte. [...]

Los escritores independientes que pueden subsistir sin depender del salario asegurado por una universidad u otra gran organización tienen garantizada la mayor libertad en la crítica de la vida de la época. No cuentan con esas posibilidades los sociólogos en cuanto tales. Por lo demás, la investigación sociológica importante se realiza, cada vez más, dentro de equipos, mientras que la investigación en historia literaria o en el campo de las humanidades todavía está, en gran medida, a cargo de investigadores que trabajan individualmente. Es evidente que el trabajo colectivo impone límites a los comentarios y las interpretaciones personales de los autores, mientras que el investigador individual, especialista en las disciplinas humanísticas, que sólo es responsable ante sí mismo, está liberado de las limitaciones impuestas por la investigación colectiva.

[...] Aunque la sociología se haya atribuido una especie de derecho de experticia en lo referente a la sociedad y la cultura, las tradiciones de

la ciencia (estricta especialización, objetividad, investigación en equipo) se oponen a que los sociólogos desempeñen el papel de intelectuales. [...] Cuando el sociólogo pretende conocer como especialista la situación de sus contemporáneos, se piensa que lo que está afirmando, en realidad, es que conoce mejor que el intelectual la situación correspondiente. Por ese solo hecho, esa pretensión implícita se presenta a los intelectuales como un nuevo objeto al que dirigir la crítica, lo que harán más gustosamente en la medida en que esa afirmación parece impugnar su derecho a ocupar la posición que ocupan como intelectuales.

[Incluso los intelectuales favorables a la sociología esperan que los sociólogos «se consagren a los grandes problemas». A esta expectativa se oponen los imperativos del trabajo científico y las exigencias de las instituciones de investigación. «Pues exhortar al sociólogo, como hace el intelectual, a “consagrarse a los grandes problemas” es, en realidad, pedirle que no sea un científico, sino un humanista, un intelectual.»]

La acogida, si no completamente favorable, al menos llena de consideración, que los intelectuales brindaron a los trabajos de Riesman y de Mills (los menos abarrotados de tecnicismos científicos) y su total hostilidad a trabajos como *The American Soldier*, plagado de metodología científica, refuerzan este estímulo implícito.

[El autor observa en otro lugar de su texto que «con la publicación de *La muchedumbre solitaria* y la acogida que tuvo, David Riesman se desembarazó, ante la comunidad intelectual, de la condición de sociólogo, convirtiéndose por ello en un intelectual».]

Otra causa de hostilidad hacia la sociología es que, como toda ciencia, se percibe que la sociología «desencanta» el mundo, mientras que la tradición del humanismo y del arte «se basa en la idea de que el mundo está “encantado” y de que el hombre es el misterio de los misterios».

Los intelectuales que viven en esta tradición creen, al parecer, que la realización de los fines que se proponen las ciencias sociales implica necesariamente que los poderes de creación del hombre serán objeto de explicaciones reductoras, que se negará su libertad, se mecanizará su «naturaleza», y se reducirá a fórmulas todo lo que en él hay de «milagro»; que «el individuo cuya infinitud es conmovedora» (para hablar como Cummings)¹ será rebajado a la condición de un «producto so-

¹ E. E. Cummings, *Six Names*, 1955.

cial- limitado y determinado en el que cada misterio, cada cualidad trascendente puede ser, si no precisamente denominada, al menos formulada en los términos de una teoría sociológica cualquiera. No puede sorprender que una visión tan inquietante suscite la doble convicción de que una ciencia de la sociedad es a la vez imposible y nociva.

BENNET M. BERGER

«Sociology and the Intellectuals: An Analysis of a Stereotype»